

ojos tuvieron fulguraciones de relámpago y su rostro enjuto por el estudio y las vigiliás se iluminó.

Bástome aquella tarde inolvidable para admirar y querer al patriota á quien hoy acompañan mis memorias en la soledad de su tumba, y para presentir todo lo que aquel eximio artista hubiera hecho, si la vida, amante infiel, no le abandona, cuando el otoño de esa vida, próximo ya, prometía frutos de oro y opulento ocaso veta lo de púrpura y de guardal!

* * *

García Icazbalceta ha edificado un monumento literario indestructible.

Hombre fué á quien la riqueza sirvió de estímulo para el estudio y jamás de pretexto para el ocio. Dotado de un profundo espíritu de investigación, débete la Academia Mexicana, de la cual fué dignísimo Presidente, valiosísimos estudios bibliográficos é históricos. Notable hablista, si su lenguaje carece de ese colorido y brillantez que tanto amamos los que ahora buscamos ricas nuevas, en cambio se distingue por una pureza notable que, ¡ay! se echará de menos más y más cada día en las elucubraciones de los ingenios patrios.

El nombre de Icazbalceta pronúnciase con respeto en la madre patria. Su labor de sabio es apreciada por propios y extraños y el homenaje rendido á su memoria por la insignia Academia Mexicana, no fué más que justísimo tributo debido á sus relevantes méritos.

Pocos de esos hombres nos quedan, y recuerdo que á propósito del eminente literato, escribí, á raíz de su muerte, un artículo intitulado: « Los Irremplazables. » Irremplazables son en efecto esos ilustrados varones que se nos van coronados por una vejez gloriosa y que se llaman Burrela, Vallarta, Lerdo é Icazbalceta. Quedan aun algunos, guardia vieja del talento, enojados los en el estudio y poco apreciados por nuestra juventud levantisca é innovadora que, sintiéndose plebeya de bríos, se atiene más á sus propios recursos que á los siglos que el estudio proporciona y preta agotar su reducido bagaje en la penosa labor intelectual.

* * *

Don Ignacio Romero Vargas fué sin duda, uno de los escritores mexicanos que más altos puestos han alcanzado y que más acreedores hayan sido al más alto aprecio de sus compatriotas.

A un título de brillantísimo, dice un biógrafo, llamó Romero Vargas el de ser un notable literato, teniendo escritas obras que han merecido el unánime aplauso de los inteligentes, tales como el poema « Oda de Julia, » la « Erótica á Clementina, » y profusión de sonetos, epigramas y otras composiciones de carácter festivo que le han acreditado como poeta cómico.

Al par guerrilla, político grave, liberal firme en sus convicciones, orador de nervio, diplomático inteligente y poeta fecundo, son las distintas fases con que puede presentarse á Ignacio Romero Vargas, como uno de nuestros hombres culminantes.

A las anteriores notas añadiré lo siguiente: uno de sus más lómbles actos como jefe del Ejecutivo de Puebla, fué la decidida protección que dispensó á las letras, congregando en derredor suyo á muchos jóvenes literatos y alentando sus impulsos y aspiraciones.

Manuel Flores, nuestro poeta erótico por excelencia, debióle solicitudes y amparo que de seguro no olvidó jamás.

Romero Vargas versificaba con facilidad, y manejaba la sátira con inimitable gracia y con éxito, siendo tal su pasión por este género literario, que hacía objeto de él á su propia persona, lo cual sin duda parecerá curioso.

Recuerdo á este propósito, una anécdota. Como se sabe, Romero Vargas perdió un ojo en su juventud. Ahora bien: cuando ocupaba la primera magistratura de Puebla, fundó un periódico, (gubernista, *ça va sans dire*, cuya dirección encargó á D. José Carrasco, y él mismo escribió el programa, al que puso por título: « En la tierra de los ciegos, el tuerto es rey. »

Todo el mundo recuerda, sin duda, un soneto referente al General Riva Palacio, modelo de sátira punzante, que no reproduciré por cierto.

Siendo Senador Romero Vargas, bajo la administración del Sr. General Díaz, tratóse de la reforma del art. 7.º de la Constitución, referente á la ley de imprenta; entonces Romero Vargas dejó oír su voz enérgica y vibrante, en pro de los fueros de la prensa y, considerando al Senado como el palladium de todos los derechos, inició su oratoria con esta brillante frase: « Alabarderos de palacio, alerta! »

Fué sin duda, la obra literaria más conocida de Romero Vargas y en la que puso más de relieve su humorismo y fácil inspiración, la intitulada « Defensa de Judas. » En ella hace el autor la apología del pobre Apóstol, cuyos autos de fe por tradición singular, se reproducen año por año en todas las ciudades y villas de la cristiandad. Defiéndele en hermosos versos de los cargos de ladrón, de traitor y de cobarde y encarece su intervención en los asuntos del Evangelio, ya que sin ella no se verificara la redención.

Obra es esta tan conocida que holgaría su exposición y análisis.

* * *

José Fernández de Lara, alcanzó en Puebla, donde residió mucho tiempo y donde rindió su espíritu á Dios en la madurez de la edad, notable popularidad, franco aprecio y admiración sin reserva, á lo que contribuyó indudablemente, á más de sus prendas intelectuales, la circunstancia de que jamás se mezcló en política, melio espinozo en que las enemidades surgen y destrozan, como las maléficas zarzas en los agrestes senderos. Brevó, sí, su contingente literario, á numerosas publicaciones, y es difícil que en los periódicos de su época, en la ciudad angelopolitana, se encuentre alguno donde el poeta no haya dejado su florida huella.

En 1876 fundó *La Bohemia Literaria*, de gratos recuerdos en Puebla, y á la cual pertenecieron ilustrados literatos que hoy ocupan, casi todos, puestos más ó menos importantes.

Fué José Fernández de Lara poeta galano y fácil improvisador. Coetáneo y amigo de Manuel Flores, conagraba un verdadero culto á ese divino enamorado en cuyos versos incorrectos pero sublimemente inspirados, se sienten las vigorosas y vírgenes palpaciones de nuestra naturaleza y esplende poderoso el sentimiento del amor tal cual alienta bajo nuestro cielo magnífico, en el seno de nuestra patria embriagada aún de juventud, pletórica de savia y llena de anhelos.

Fernández de Lara, hijo de San Andrés Chalchicomula, pero que debió considerar á Puebla como su segunda patria, ha dejado en ésta un cariñoso recuerdo, que se extinguirá, es claro, como se extingue todo y sobre todo la memoria de los hombres, ya que no es *qu'un imperceptible trait du sillon que chacun de nous laisse au sein de l'infini*, como expresó Renáu en su delicado poema íntimo *Ma sœur Henriette!*